

nos, a que se entregó con vehemencia. Cubierto su cuerpo airoso con la ropilla y las calzas de seda que usaban los mancebos nobles, ya domaba caballos, haciéndolos caracolear con no vista destreza, ya en las selvas perseguía al gamo o alanceaba al jabalí, ya esgrimía las armas con puño de acero y músculos de atleta. No prodigaba favores al primer galán que acudiese en demanda de ellos: semejante siempre a los Mañaras y Tenorios, amaba con desmedido ardor, y cuando la hostigaban los celos, tomaba satisfacción a punta de daga, no en sus rivales, sino en el infiel mismo. Oíanse a veces gemidos lúgubres en la revuelta de alguna callejuela iluminada por mustio farolillo; se veía a un hombre revolcarse en su sangre, y a los primeros rayos del alba huían espantadas las gentes timoratas de Rímini, murmurando de Clara y de sus locuras. Hubo un hombre bastante resuelto y enamorado para dar mano de esposo a Clara conociendo su historia, que Clara misma le refirió sinceramente; y si guardó incólume la fe conyugal, Clara prosiguió en su vida de lances y pendencias, tan desasida de todo pensamiento religioso, que al pasar ante la iglesia, en vez de hacer la señal de la cruz al uso de la época, solía torcer la cara. Pero Cristo amaba mucho a aquella alma poderosa. Un día, a tiempo que Clara entraba casualmente en el templo, oyó que un crucifijo le decía:—"Clara, Clara, ¿no rezarás siquiera un Padrenuestro por mí?"—Quedóse, a pesar de su intrepidez, como Saulo cuando fué precipitado de su montura en el camino de Damasco. Hondo escalofrío corrió por sus venas; chocaron sus rodillas; sobrecogida de estupor salió sin darse cuenta de lo que experimentaba, y la fuente de sus lágrimas, seca tanto tiempo hacía, manó en refrigerantes ondas. A poco la vió el pueblo recorrer calles y plazuelas, descalza, con un dogal al cuello, haciendo a gritos confesión de sus pecados. Los días

de Jueves y Viernes Santo anduvo por Rímini un penitente velado, atadas las manos a la espalda, coronado de espinas, empujado por tres hombres que le iban azotando con recias cuerdas, y que al llegar a la puerta de la basílica, le ataron a un pilar y prosiguieron la flagelación hasta que se viesen pegados a la carne viva los guiñapos sanguinolentos del velo.—El penitente era Clara.—Muerto su marido, profesó en un convento de la Orden Segunda. Allí vivió llevando al cuello una argolla de hierro, guarnecida interiormente con puntas, y otras semejantes en brazos y muslos, de peso de treinta libras, trayendo a raíz del cuerpo una malla de acero; durmiendo de pie, comiendo sapos y sabandijas asquerosas para castigar la gula, hiriéndose el pecho con un guijarro, mortificándose con mordaza de hierro la lengua, hasta que enconada y tumefacta se le salía de la boca. Cuanto más se considera a la arrepentida de Rímini, más nos parece ver en ella una representación exacta de los siglos medios: tiempos apasionados, guerreros, tempestuosos, pero pronto siempre a escuchar la voz de Cristo, a penar y morir por él; nunca medianos ni mezquinos, sino vivaces, ricos y potentes, que rescataban culpas grandes con expiaciones tremendas y con actos sublimes.

España, que glorifica en sus anales literarios y científicos a la perla del Carmelo, debe a la Orden Franciscana ilustres escritoras, cuyas obras honrarían a inteligencias masculinas. En primer lugar colocaré a la venerable sor María de Jesús de Agreda. Vivió tan insigne mujer en el siglo XVII, en la villita de Agreda, enclavada en la frontera de Castilla la Vieja, que linda con Aragón. Niña enfermiza, criada a la sombra de un hogar pobre, piadoso e hidalgo, redujéronse sus estudios a encender luces en un altarcillo chico, rezando allí fervorosamente. Doce años contaría, cuando su familia adoptó resolución



singular. El padre con los dos hijos varones entró en un convento de Franciscanos; la madre con las dos hijas transformó en claustro su propia casa, adoptando el instituto de las Concepcionistas. Así María de Jesús pudo colocar su celda en el propio aposento en que acaso se había mecido su cuna. El escaso plantel del monasterio de Agreda se multiplicó, y María de Jesús vino a ser, andando el tiempo, su abadesa. La fama de su vida angélica trascendió hasta la Corte. Felipe IV, yendo de jornada a Zaragoza, quiso ver a la portentosa reclusa, de quien se contaban extraños prodigios. Hablaron largamente, y desde aquel día el Rey trabó con ella no interrumpida correspondencia acerca de los asuntos del Estado. Convirtióse la humilde monja en consejero: escribía el monarca en un pliego doblado a lo largo, ocupando un lado solo y dejando el otro en blanco para que lo llenase María: veintidós años (1643-1665) duró este epistolar comercio. Existen los originales autógrafos en la Biblioteca Nacional, según nos dice el P. Fidel Pita, quien los ha visto allí y está en hacer de ellos una edición correctísima. Ojalá no pasen muchos años sin que lo logre (15).

Veinticinco de edad, a lo sumo, contaría María de Jesús cuando comenzó a concebir la idea de la obra capital de su vida, el libro titulado *Mística Ciudad de Dios* (16). Dos veces la obligó un confesor indiscreto a quemar las páginas que llevaba trazadas, y otras dos un varón docto y de levantadas miras volvió a poner en manos de la escritora la gallarda pluma. María de Agreda merece figurar entre nuestros clásicos por la limpieza, fuerza y elegancia de la dición; entre nuestros teólogos, por la copia y alteza de la doctrina; entre nuestros filósofos, por el vigor mental. Anduvieron confusos y maravillados sabios obispos y graves doctores, sin explicarse cómo una

hembra falta de estudios, a quien tan sólo la contemplación había servido de escuela, podía seguir con firme paso las huellas de Santo Tomás y de Escoto, especular sutil y hondamente acerca de profundos misterios, interpretar con feliz novedad las Escrituras, ignorándose de dónde brotaban las fuentes de su ciencia, por lo que hubieron de creerla infusa y sobrenatural, considerando a María iluminada por luz divina (17).

De bien diferente género es el talento de sor María de la Antigua, clarisa lega del convento de Marchena. Si en la Venerable de Agreda admiramos un entendimiento y razón varoniles, en María de la Antigua, espíritu cuajado en moldes teresianos, domina el amor. De origen portugués, tiene esta escritora lozanía, imaginación meridional, alma tierna y sensible, estilo fácil, candoroso, dulce y encendido. Por asemejarse en todo a la gran carmelita, confiesa que en sus primeros años anduvo distraída y fría en la devoción, a pesar de los arrebatos místicos experimentados en su niñez. Cuando María de la Antigua se siente oprimida y ahogada por las ansias del afecto, de prosista se trueca en poetisa, y derrama su corazón en romances sencillos y fluidos, sembrados a veces de rasgos patéticos y felices. El sentimiento estético es tan natural en María de la Antigua, que para dirigirse a Jesucristo, acuden a sus labios las frases más bellas de la Esposa de los Cantares: su oración favorita es el *Magnificat*; sus visiones mismas presentan un colorido dantesco. Enamorada de Cristo, pasa con él suavísimos coloquios, y para explicar la ternura femenil de su cariño, dice con delicado concepto:—"Si naciera yo antes que Dios se hiciera hombre, yo le temiera como a Señor, mas no me regalara con él; porque todo lo que en él amo, es lo que de mí naturaleza conozco."—Un rígido teólogo podrá encontrar en esta frase algo, y aun mu-



cho, que tildar; pero el amor tiene su lenguaje propio, que rectifica la inexactitud de la palabra.—Ninguna de las dulzuras de la Mística faltan en los escritos de María de la Antigua: calor, vida y sentimiento circulan por su libro, análisis autobiográfico del rico corazón de la autora (18).

Por nacidas en nuestra patria, no debemos echar en olvido a Ana de Cristo (19), que dejó inéditas sus *Meditaciones* sobre lugares de la Escritura; a Jerónima de la Asunción (20), celosa propugnadora del dogma de la Inmaculada, que escribió en prosa y verso con igual soltura y afluencia; a Magdalena de la Cruz (21), autora de un largo y erudito tratado de la *Oración mental*. Todas estas mujeres, doctas e inspiradas, cuyas obras por ventura duermen entre el polvo de rancias bibliotecas o murieron antes de ver la luz, aniquiladas por el descuido o enterradas por la modestia, son, no obstante, gloria del régimen monástico, que despertaba en la mujer aficiones tan elevadas, y monumento de la historia literaria de España, que atesora riquezas incalculables ocultas aún, por culpa de la apatía de nuestro carácter y de la perdularia negligencia con que manejamos nuestra hacienda intelectual.

Podemos agregar a estas escritoras hispano-franciscanas otra cuya personalidad ha sido discutidísima en nuestros días, cuyo nombre anda mezclado con la historia contemporánea española. Mencionaremos a la concepcionista María de los Dolores Quiroga, conocida por sor Patrocinio, a causa del *Ejercicio* que en honra de la Virgen del Olvido escribió: libro piadoso, no despreciable de forma. En cuanto al carácter y vida de la célebre monja, indiscreción sería tocar algo que a tal asunto se refriese, ni pararse en sitio donde amontonó cenizas el fuego de las políticas pasiones, careciendo de exactas noticias indispensables para discernir la verdad. De nuestros

días es también la notable historiadora irlandesa María Francisca, del convento de Kenmere.

En el siglo de la Venerable de Agreda contó la Orden franciscana con una mujer española, del ilustre linaje de los Hurtados de Mendoza, sor Jerónima, abadesa de las Concepcionistas de Priego, que vivió fuera de sí, transportada de amor, en espirituales deliquios. Jerónima de Priego, al narrar su vida interior, es persuasiva y tiene la gracia del estilo que se origina de la espontaneidad. Nació, como Francisco, en un pesebre, y en los primeros ejercicios de su dura penitencia, veía con los ojos del alma al Santo de Asís, que la exhortaba sonriendo a poner el hombro a la Cruz. Algún tiempo fué confesor de Jerónima el sabio cronista de la Orden franciscana, Cornejo.

Pero nos hemos desviado del siglo XIII, entretenidos espigando por el campo fecundo que regaron con llanto y sangre Clara e Inés. Volvamos a los principios de la Orden. Si bien nacieron las Clarisas como tronco gemelo de la religión franciscana, procuró Francisco cerrar la puerta a la malicia del mundo, estableciendo el debido aislamiento y aun desaprobando el nombre de *Minoritas*, que solían tomar las comunidades de mujeres sujetas a la regla de Clara. Las monjas, pobres e incapacitadas, por su sexo para implorar la caridad tan provechosamente como los frailes, esperaban de éstos el sustento necesario; pero Francisco, cuando salió de Italia con ánimo de ganar en Siria la palma de mártir, dejó expreso encargo al cardenal protector de la Orden de que sus frailes no se familiarizasen ni se mostrasen pródigos de socorros y visitas con los monasterios de mujeres. Ya fuese que entendiera Francisco que el Dios que mantiene a los pajarillos no deja morir de hambre a las reclusas; ya que temiese, más que todo, los graves peligros que origina el trato entre los dos se-



xos, ello es que le acongojaba mucho el cargo de mirar por las monjas.—“Temo—solía decir—que habiéndonos Dios quitado esposas, nos dió el diablo hermanas” (23).—Hizo chapuzarse en un río semi-helado, en el rigor de la estación invernal, a un fraile que había visitado en San Damián a una parienta reclusa. Por efecto de este afán que mostró Francisco en evitar riesgos a sus hijos, encargóse el cardenal Hugolino de la dirección de la Orden. Se nombraron visitadores, eligiendo varones de limpias costumbres. Fray Felipe Longo fué el segundo. A los doce años de la fundación de las Clarisas, redactó Francisco la regla austera y admirable que observaron; después concedió a los deseos de Clara la carta que sella la unión de la Orden Primera con la Segunda (24).

En la Tercera, cuyo inmenso influjo y utilidad social conocemos ya, tenían cabida los dos sexos; y no es mucho que las mujeres acogiesen con amor una institución que, sin apartarlas del hogar ni de los deberes que impone la naturaleza, ayudándolas a cumplirlos con mayor celo, les abría a su vez caminos de perfección y penitencia. Distinguiéronse siempre las reformas de Francisco—a diferencia de la que predicaban los supersticiosos sectarios del Mediodía—por un carácter de profundo respeto hacia cuanto cimenta y robustece el Estado y la asociación humana. El matrimonio, la familia, los lares domésticos, fueron sagrados para él, que voluntariamente renunciaba a sus goces. Lejos de condenar el lazo conyugal y los que de él se derivan, Francisco quiso santificarlo más aún: lejos de arrastrar a los casados al claustro, puso el claustro y sus méritos en el siglo mismo. Como quiera que el fervor religioso impulsase a bastantes consortes a separarse, tomando el marido el hábito franciscano y la mujer el de las Clarisas, y quedando a veces con esto desamparados los hijos y frío el hogar, la Orden Tercera remedió tales

inconvenientes, pudiendo cada casa convertirse en templo, cada alcoba ser celda. Sabemos las condiciones de esta Orden: para nadie ofrecía más atractivos que para la mujer, obligada a tener por teatro de sus hazañas y palenque de sus luchas las paredes silenciosas del domicilio. La esposa del tercer terciario, Bonadona, se opuso, no obstante, en un principio, a la liberalidad de su esposo, impulsada por el espíritu práctico que en las matronas suele degenerar en mezquina economía; pero se ablandó después su corazón y emuló a Luquesio en buenas obras. Sin embargo, el fin humanitario y fecundo de la Orden Tercera se simboliza en dos nobles criaturas: Viridiana y Humiliana. Nacidas ambas en el suelo florentino, combatieron la avaricia, la codicia, el ansia de riquezas, vicios capitales de los pueblos donde el comercio desarrolla la prosperidad material y endurece las entrañas de los hombres. Humiliana, perteneciente a la aristocracia mercantil de la rica república, fué símbolo de la equidad, de la probidad inflexible, en medio de una familia entregada a la especulación sin tregua y sin miramientos. Mientras su marido agenciaba caudales por cuantos medios la ley permite y veda la misericordia, Humiliana, en el retiro de su gabinete, se consagraba a interior pobreza. Como si la conducta de aquella mujer modesta e íntegra fuera vivo reproche de la ajena, deudos, padres y marido la satirizaban por su generosidad y la perseguían con odio y burla. Viuda ya, su propio padre, que la veía sembrar dinero entre los necesitados, usó de un infame ardid para desposeerla de todos sus bienes y reducirla a la dependencia. Así vivió Humiliana el resto de sus días, relegada a una torre de su propia casa, sola con la oración, los éxtasis, las visiones, y perturbada aún en aquel asilo por la malevolencia de sus parientes. Murió a los veintisiete años, legando a Florencia ejemplo de desinterés. La



virgen Viridiana no fué menos activa y entusiasta en la caridad. Durante el hambre de Florencia se la vió repartiendo a los pobres los cereales acaparados por su usurero tío, y al reclamar éste, furioso, el grano, lo halló reduplicado en la troj. Viridiana pidió más tarde al pueblo, por ella tan socorrido y amado, que pagase el beneficio sustentándola de limosna los largos años que pasó en una ermita, tapiada la puerta y abierto sólo un ventanillo para recibir la comida que arrojaban los campesinos al encomendarse a las oraciones de la penitente. El ánimo más entero desmayaría en aquella reclusión, en que el menor descuido de la caridad podía condenar al recluso a los horrores del hambre. Allí, no obstante, se mantuvo Viridiana, lidiando con espectros y apariciones horribles; allí la vió Francisco catorce años después de emparedada, y la ciñó el cordón de la Orden Tercera. Allí expiró finalmente, de rodillas y con el cuerpo derecho; atleta que para morir adopta la aptitud del combate.

La vida de cada heroína de la Orden Tercera contiene una enseñanza social, maravillosamente adecuada al tiempo y a las circunstancias. Si las virtudes de las Clarisas se dirigen al cielo, como la suave luz de los cirios asciende a lo alto, en cambio las de las Terceras, agitadas cual el fuego al aire libre por el viento de la lucha, esparcen calor en todos sentidos. Humiliana y Viridiana dieron a una sociedad afanosa de lucro lecciones de desprendimiento: Rosa de Viterbo enseñará a su sexo que ninguna modificación política le es a la mujer indiferente, pues se enlaza siempre con altos intereses religiosos y morales. No es dable idear, ni forzando la fantasía, historia más dramática que la de la graciosa niña, temprana rosa, salpicada aún del rocío de la aurora, a quien los huracanes de la guerra y del cisma sacudieron, sin poder doblegar su frágil tallo. Increíble parece que haya

existido la extraordinaria Rosa de Viterbo, y que en los diez y siete años de su corta vida quepa tal suma de actividad y heroísmo. El virginal despojo, el cuerpo adolescente, que tan pronto bajó a la tierra, pudo aspirar al lauro que rodeó las frentes de los grandes patriotas griegos y romanos—si los ángeles no hubiesen tejido ya para las sienes inmaculadas de Rosa de Viterbo, guirnaldas de las flores de luz que se crían en las celestes praderas.

Federico II, que llenó todo el siglo XIII con sus ambiciosas tentativas de usurpación de la corona universal, con sus combates contra el Papado, con las depredaciones cometidas por sus feroces tropas, con la tiránica inmensidad de su carácter en suma; Federico, en quien se cifró la colosal opresión de los Césares, y se anunció la tendencia absorbente del Estado moderno, contaba en la ciudad de Viterbo acérrimos partidarios, granjeados quizá más que por el afecto por el terror: asimismo no le faltaban adversarios decididos que recordasen con orgullo la desesperada resistencia opuesta en 1243 a las tropas imperialistas, defensa digna de otra Numancia, y en que las mujeres tomaron parte arrojando peñascos a los sitiadores, extinguiendo con vinagre el fuego griego, arrancándose con los dientes, por no dar lugar a que estuviesen ociosas las manos, las flechas que se clavaban en su carne. Cuando ocurrió este episodio de las contiendas que desgarraron a Italia, tres años de edad tenía Rosa. ¿Qué efecto producirían en su mente precocísima las escenas del asalto? Ello es que ya entonces era un ser singular. Hija de padres pobres, nacida cuando la madurez de su madre no prometía fecundidad, se dice que al salir del claustro materno se dibujaba en sus labios una sonrisa, y que en todo el período de la lactancia no se la oyó llorar una vez sola. A gatas, por no saber aún sostenerla sus piececillos, se escapaba a la iglesia;